



El Séptimo Día

Los orígenes de la ciencia moderna pueden datarse hacia el siglo XIX. Los campos de estudio comenzaron a sub-especializarse y la ciencia dejó de ser un ámbito elitista para convertirse en algo de interés general y la clave para un mundo mejor. Pero la ciencia no era perfecta, y con frecuencia surgían nuevos campos de estudio que no tardaban en desaparecer debido a su falta de rigor. Uno de estos fue la frenología, que atrajo a científicos y a psíquicos. Esta disciplina afirmaba que el cerebro era un órgano que crecía y mutaba continuamente, con diversos sub-órganos encargados de aspectos distintos de la personalidad. Si se analizaba el cráneo de una persona, a partir de las marcas de estos sub-órganos se podría deducir a partir de él la personalidad, temperamento, inteligencia y su potencial para enfermedades mentales de los individuos. Esta disciplina atrajo muchos charlatanes, pero también a numerosos científicos, lo que contribuyó a ponerla de moda entre la población.

Un pequeño número de doctores de Londres decidió estudiar la frenología para explorar el potencial aún no descubierto de la mente humana: las *habilidades psíquicas*. La cábala se reunía en secreto cada séptimo día de la semana (sábado) para probar los límites de la mente humana. Entre ellos se hallaba el alemán Erich Iznang, quien aportó conocimientos más allá de la mera frenología, empleando la antropometría (estudio de la personalidad a partir de rasgos faciales) y el hipnotismo mediante magnetismo. La frenología y la antropometría se usaban para identificar a los individuos potenciales, y una vez identificados, los científicos trataban mediante hipnotismo de despertar esas habilidades psíquicas. Iznang y los doctores creían que esas habilidades estaban causadas por ciertos sub-órganos del cerebro atrofiados por su falta de uso, y pretendían devolverles la energía y provocar su crecimiento mediante el magnetismo y la sugestión hipnótica. El grupo obtuvo un éxito limitado. Algunos individuos mostraron habilidades psíquicas tras el procedimiento, pero ninguno más allá de adivinar cartas u objetos ocultos. Los doctores estaban decepcionados. Todos los intentos de provocar habilidades psíquicas más potentes acabaron en un rotundo fracaso.



Pero en 1.848, el trabajador Phineas Gage sufrió un accidente cuando una detonación prematura provocó que una gran barra de hierro le entrara por la cara, le atravesara el cerebro y saliera por el extremo puesto del cráneo. Milagrosamente y contra todo pronóstico, Gage no sólo sobrevivió sino que permaneció en todo momento consciente, y no tardó en recuperarse de sus heridas. Pero aunque su cuerpo permaneció intacto, su mente y personalidad no lo hicieron. Gage pasó de ser un trabajador aplicado y una persona razonable a ser egoísta, mentiroso, vago y violento, sin prácticamente ninguna habilidad social. La barra de hierro había dañado el lóbulo frontal y la parte encargada de unir los dos hemisferios cerebrales. De este modo, quedaba demostrada la relación entre el cerebro y la personalidad. Iznang siguió el caso atentamente, y vio en él nuevas oportunidades no previstas antes. Debían dejar de lados los intentos de alterar la conducta desde el exterior, y centrarse en el interior, en el cerebro, mediante la psicocirugía. Si querían encontrar las habilidades psíquicas tenían que alterar directamente el cerebro. Iznang reclutó la ayuda del doctor John Keighley, un célebre cirujano a quien se le había retirado el permiso de practicar la medicina después de realizar una operación en el cerebro (una práctica prohibida por aquel entonces), y que actualmente ejercía como director del Asilo de Chadwick (razón por la que el grupo pasó a llamarse informalmente “los Chicos de Chadwick”). Con su ayuda, no solo reclutaban a un experto en el campo de la neurocirugía, sino que además tenían una base de operaciones y un suministro fijo de pacientes para experimentar. Para Iznang, un gran número de lo lunáticos del asilo, no estaban enfermos sino que eran genios potenciales o poseedores de habilidades psíquicas en letargo.

Al principio las prácticas quirúrgicas de los doctores eran puramente de investigación, con el único objetivo de hacer un mapa del cerebro. Poco a poco emplearon la psicocirugía para alterar personalidades (haciéndolos más dóciles o más violentos), incluso sin el uso de drogas, induciendo a sus pacientes a un trance hipnótico mientras les operaban. Muchos de sus pacientes fallecieron, y la mayoría de los que no, quedaron destrozados, tanto física como mentalmente. Muchos doctores se plantearon abandonar el proyecto, pero Iznang y Keighley les convencieron de quedarse, que se trataba de sacrificios necesarios para el avance de la ciencia. A medida que pasaron los años el grupo creció, y a sugerencia de Iznang adoptaron el nombre de la “Sociedad Tiresiana” (en referencia al profeta ciego Tiresias, poseedor de ambos sexos, que buscaba una iluminación que le permitiera ver más allá de la simple vista).

Durante una década tuvieron un éxito relativo. La psicocirugía y la hipnosis aplicadas conjuntamente les permitieron alterar completamente las personalidades, y en cuanto a las habilidades psíquicas, tras operaciones en los lóbulos prefrontales, lograron un crecimiento limitado en cuanto a la clarividencia y la percepción extra-sensorial (PES). Pero no fue hasta 1880 que realmente sus esfuerzos dieron fruto: Tom Booth, un joven criminal y vagabundo londinense de tan solo 13 años, sin casa ni familia, violento y con una nula capacidad social trató de robar en el Asilo de Chadwick, pero fue capturado. Los doctores vieron en él un ejemplar perfecto para experimentar, y se le practicó la combinación habitual de hipnosis y psicocirugía. Se centraron principalmente en el lóbulo frontal y en el puente entre ambos hemisferios, y tras 12 horas en la mesa de operaciones, Booth despertó con su personalidad totalmente alterada: ya no era violento ni agresivo, y su conducta era perfectamente estable. Pero meses más tarde comprobaron que la operación había sido realmente un éxito: Booth no había mostrado capacidad psíquica alguna antes de la operación, pero ahora demostraba un talento para la precognición e incluso la capacidad de mover cosas sin tocarlas (aunque a niveles bajos). El experimento había sido un éxito; ahora era el momento de duplicarlo.



Con la llegada de siglo XX, los éxitos de la Sociedad Tiresiana se incrementaron, logrando despertar a nuevos psíquicos, y ello atrajo a nuevos miembros a ella: doctores, psicólogos, hipnotizadores y ocultistas... Pero por otro lado, su crecimiento provocó que ya no pudiera autofinanciarse, y necesitaron encontrar un patrocinador. Ello ocasionó que los miembros de la Sociedad dieran un enfoque más práctico a sus psíquicos: lograr financiación para el grupo. Los psíquicos creados por la sociedad habían sufrido también una alteración de la conducta de modo que se volvieran obedientes; mantenían su libertad individual siempre y cuando no se contradijera con las órdenes de la Sociedad. Los doctores trataron de hacerlos más obedientes: ayudados por la hipnosis, trataron de adoctrinarlos como si se tratara de una secta, empleando una serie de castigos y premios en función de un ideal supremo. Aunque los psíquicos se volvieron más sumisos, no fue suficiente, pues se negaban a obedecer órdenes que atentaran contra sus valores morales o que les pusieran en peligro. Era el momento de volverles a aplicar la cirugía.

Durante todos estos años, Tom Booth siguió siendo su experimento más exitoso, pese a haber sido el primero. Demostró dominar diversos poderes de nivel moderado, como clarividencia limitada, lectura de pensamientos superficiales, o telekinesis moderada. Sin embargo, una de sus habilidades no sólo era poderosa, sino que fue extremadamente útil: Booth era capaz de introducir sus dedos dentro de la carne y extraer objetos clavados en ella, y curar psíquicamente de este modo las heridas, todo ello sin dolor alguno. Cuando los doctores decidieron operar a sus psíquicos para hacerlos completamente sumisos, pidieron a Booth que les ayudara. Sus habilidades resultaban especialmente útiles, puesto que Booth no necesitaba ni siquiera abrir el cerebro para realizar la cirugía, y se podía hacer con el paciente despierto. Todo ello acompañado por largas horas de programación hipnótica, volviendo así a los psíquicos completamente sumisos a los doctores. Pero había un problema, se podía alterar la personalidad original y ordenarles hacer cualquier cosa, pero en cualquier momento la personalidad original podía regresar temporalmente, provocando daños mentales a causa de la disonancia cognitiva y el sujeto se volvía incontrolable y violento. Para solucionar este efecto colateral, Iznang creó lo que en el futuro se llamaría efecto durmiente: mediante hipnosis mantenía la personalidad original al frente, y escondía las alteraciones como un programa oculto. Este programa solo surgía bajo ciertas circunstancias, en las que tomaba el control, de modo que la personalidad original solo resultaba fracturada por un breve periodo de tiempo, pasado el cual volvía a asumir el control sin repercusiones negativas.

En las siguientes décadas, pese a la muerte de Iznang y Keighley, el grupo siguió creciendo y abrió oficinas en todo el mundo. Durante las guerras mundiales y en el periodo de entre guerras trabajó para diversos servicios secretos gubernamentales, como el MI6 o la Oficina de Coordinación de Información (el precedente de la CIA), entre otros (incluso se rumorea que algunos de sus miembros ayudaran por su cuenta a la Alemania Nazi).

En 1951, la Sociedad descubrió la existencia de los vampiros, cuando en Washington conocieron a Mr. Morning, un vampiro con la capacidad de alterar las mentes. La Sociedad se asustó al descubrir que había psíquicos tan poderosos que estaban fuera de su control, así que enviaron a un equipo ayudado por un anciano Tom Booth para capturarlo. Y tuvieron éxito, o al menos, eso creyeron. Mr. Morning era un Santificado que había llegado a la conclusión que había llevado al extremo la doctrina del Lancea Sanctum, llegando a la conclusión que los vampiros, como encarnación del pecado, debían ser destruidos, y que esta era la única manera de llegar a la Golconda, es decir, la redención.



Morning se dejó capturar por la Sociedad, a quienes reveló algunos secretos vampíricos durante los interrogatorios que duraron casi un año. Cuando se cansó de ello, se liberó y los mató a todos menos a Tom Booth, a quien abrazó. La organización fue desmantelada, y Morning y Booth centraron sus esfuerzos en capturar a otros Vástagos. Con ayuda de la cirugía psíquica de Tom Booth, no solo programaron la mente de esos vampiros, sino que hicieron lo mismo con su sangre. En poco tiempo, Morning tuvo a su disposición toda una red de Vástagos Durmientes, que eran activados con los estímulos necesarios para seguir su misión de castigar a los Vástagos pecadores, sin ser conscientes de ello. Pero una noche, poco antes del amanecer, siete Vástagos Durmientes entraron en la habitación de Mr. Morning, y lo destruyeron, pues vieron que él también estaba manchado por el pecado. Se dice que Morning no se resistió, pues sabía que lo que decían era cierto, y no opuso resistencia a su destrucción. Pero eso no puso fin al programa. Los Durmientes tomaron el nombre del Séptimo Día, y desde entonces, siempre que han estado en activo, han seguido su cruzada contra los Vástagos pecadores, y “reclutando” a los virtuosos. Pero a la vez, al volver al estado Durmiente, olvidan todo lo sucedido, y siguen sus vidas como Vástagos normales, desconocedores de su terrible secreto.

Tipo de Documento:
Oficial

Autor:
Heinrich von Murnau (Uxas)

Digitalización:
Uxas

Un Documento de:
Requiem Nocte